

ELENA MOLINI

→...♥...←

LA PEQUEÑA FARMACIA LITERARIA

→...♥...←

Una novela sobre una librería
en la que los libros
son remedios para el alma



MAEVA



Elena Molini es la propietaria de La Pequeña Farmacia Literaria, una librería que existe realmente en Florencia y que, siguiendo los dictados de la biblioterapia, recomienda libros en función del estado de ánimo de los lectores, como si fueran medicamentos. Esta es su primera novela, que pronto será llevada a la gran pantalla. La segunda, *Piccola libreria con delitto*, acaba de publicarse en Italia.

La librería nació del convencimiento de que un buen libro puede curar el alma, y, de hecho, en La Pequeña Farmacia Literaria la gente busca y comparte curas literarias.

Entre las historias que contienen los libros y las de nuestra vida, hay muchos más puntos de contacto de los que creemos, y encontrarlos podría ser la clave para abrazar nuevas oportunidades, para encontrar la ligereza que habíamos perdido, para tener el valor de hacer la elección que hemos estado posponiendo durante mucho tiempo.

www.piccolafarmacialetteraria.it

Queridos lectores,

Este libro es para quienes han perdido el tren que llevaban esperando toda la vida. Para quienes han llorado, se han levantado y han proseguido camino. Para quienes querían huir de sí mismos, pero siempre se acababan encontrando, y para quienes aun sintiéndose fuera de tiempo marcaron un gran gol en el último minuto.

No lo digo yo, lo dice su autora, Elena Molini. ¿Creéis que en esta novela encontraréis lo que estáis buscando? ¿Qué nos espera entre las páginas de un libro?

Sea como sea, siempre hallamos compañía y consuelo. Y en eso estoy de acuerdo con la autora y con la idea que hay detrás de *La Pequeña Farmacia Literaria*, que es el título de su primera novela y también el nombre de su librería, que existe realmente en Florencia y que ha inspirado a Elena para escribir esta historia.

Los libros pueden sanar, pueden acogernos y ofrecernos un lugar donde descansar del trasiego de nuestras existencias. Blu, la librera que protagoniza esta novela (que bien podría ser el *alter ego* de Elena Molini), está convencida de ello, y por eso decide prescribir libros como si fueran una fórmula magistral diseñada para tratar la tristeza, los amores no confesados, los prohibidos o el tedio de la vida diaria, y para encontrar el valor necesario para cambiarla... Es así como los libros se acaban convirtiendo en medicinas y la librería en un lugar de encuentro para almas inquietas.

Blu ve cumplido su sueño de ser librera, una muy especial, pero ese solo es el comienzo de esta historia. Nuestra protagonista todavía tiene una cita pendiente con su destino. ¿Queréis acompañarla a ir a su encuentro?

La editora

PRÓLOGO

A VECES EN la vida uno se siente perdido, acabado. Siente que se ha roto en mil pedazos, mira a su alrededor y no sabe por dónde empezar a recogerlos. Tratamos de reconstruir lo que se ha roto para que vuelva a ser lo más parecido posible a como era antes. Pero no conseguimos volver a unir esos trocitos. No encajan de ninguna manera. Y no lo hacen porque en realidad no nos pertenecen.

Esos pedazos son todos los sabios consejos que hemos seguido a lo largo de los años, consejos que parecían muy sensatos, pero que en realidad nos llevaban muy lejos de nuestro verdadero yo. Son todas las decisiones que hemos tomado porque «venga, sí, es mejor así», pero no era mejor así, era solo más cómodo.

«Total, es poca cosa, las decisiones importantes son otras.»

Y, poca cosa tras poca cosa, llegamos a un punto en el que la vida entera que hemos construido no es la nuestra.

Y, luego, cuando todo se derrumba, nos desesperamos sin intuir que, en realidad, es una gran suerte. Las crisis nos hacen entender que nos estamos equivocando, que el camino que hemos decidido recorrer no es el que nos conviene. Si logramos entender a tiempo que nos estamos traicionando, entonces es bastante probable que podamos salir adelante.

Mi relato empieza justo ahí, en el intento de poner orden en una vida desordenada.

Quizá esta historia pueda parecer absurda, pero yo voy a contarla exactamente como ocurrió, y para hacerlo voy a empezar por el principio, por ese día que parecía un día como tantos otros.

Y en realidad no lo era.

1

DE CITAS DESASTROSAS,
ENCUENTROS INESPERADOS
Y NUEVAS ESPERANZAS

En tiempos difíciles hay que tener sueños difíciles, sueños reales, aquellos que, si nos empeñamos, se harán realidad.

CLARISSA PINKOLA ESTÉS,
Mujeres que corren con los lobos

El principio

Es CIERTO QUE esa mañana tenía unas ojeras que daban miedo.

Y más cierto todavía que no pensaba pasar una sola velada más de pasión platónica con supuestos poetas raros, como aquel con el que acababa de salir. Ya solo la

cena había sido bastante desastrosa, y lo que vino después, la debacle total de mis esperanzas de salir con alguien que no estuviera loco de atar. Al tercer poema de Cesare Pavese que Dimitri —que así se llamaba— recitó con los ojos cerrados, me batí en una estratégica retirada, recurriendo al truco de la falsa llamada de la amiga que se había quedado en la calle al olvidarse las llaves.

Me trasegué una última copa del carísimo whisky de turba, que apestaba a azufre, de la bodega privada del tío de Dimitri y me marché con la promesa de llamarlo al día siguiente, cuando lo que hice en realidad fue bloquearlo en el móvil nada más salir de su casa, aun a riesgo de acabar en el Arno con la bici.

El espejo del baño, sin embargo, me decía que, pese a las ojeras, tampoco estaba tan mal; el reloj, en cambio, sostenía que debía darme prisa si quería abrir la librería a una hora decente.

Mientras tanto, de la cocina llegaba el jaleo de las tres chicas con las que había decidido compartir mi espacio vital.

—¿Qué quiere decir cuando sale la muerte? Trae el libro, que no me acuerdo.

—Ay, Dios, no estaré embarazada, ¿verdad?

—Pero ¿es que no sabéis que las barajas no las pueden utilizar varias personas a la vez? Así no funcionan.

—Dejaos ya de tonterías del tarot. Si quieres saber si estás embarazada, ve a la farmacia y cómprate un test.

—Entonces ¿paso del tarot?

Sí, aunque ya había cumplido los treinta, seguía compartiendo piso. No solo porque mi cuenta bancaria estaba en números tan rojos como un guiri en el primer día de playa, sino porque, sobre todo, adoraba a esas chicas.

Éramos cuatro, como los amigos del bar de la canción de Gino Paoli que iban a cambiar el mundo. Rachele, Giulia, Carolina y yo misma, a quien sus padres, tan simpáticos y alternativos ellos, habían tenido la feliz idea de llamar Blu. Sí, sí, Blu, como el color *. Una sílaba, tres letras: B-L-U. Ningún diminutivo o apelativo cariñoso posible, infancia arruinada y odio declarado por todas las niñas que tenían un nombre de más de cinco letras.

Por las mañanas, el desayuno era nuestro ritual: podíamos no coincidir en todo el día, pero el primer café teníamos que tomárnoslo juntas. Y os aseguro que tomarse el café que preparaba Carolina en la antigualla de cafetera con la junta defectuosa que siempre se acababa derramando sobre los fogones era un auténtico acto de amistad.

AHÍ ESTABA EL café la mañana en la que todo empezó, oscuro y espeso, mirándome burlón desde la tacita con la cara de Charlie Brown dibujada. Tenía una técnica consumada

* En italiano, *blu* significa azul. (Todas las notas son de la traductora.)

para bebérmelo sin vomitar: me lo tragaba como hacía de niña con el temible jarabe Bactrim para la tos: de un sorbo rápido, preciso y quirúrgico.

—Chicas, ¿sabéis que Enrico llegó ayer a Nápoles? Me ha mandado esta foto, ¿no es un encanto? Le han arreglado los dientes, está cambiado, pero yo lo sigo encontrando guapísimo.

Carolina nos agitaba el móvil delante de los ojos. Pese a haberse graduado en Psicología con la nota máxima, pese a haber terminado la escuela de Psicoterapia con un expediente brillante y pese a una carrera de psicoterapeuta que había despegado mientras cursaba un máster para hacerla despegar aún más, mi amiga no era inmune a enamoramientos tan inesperados como discutibles. El último, por un chico diez años menor que ella —Carolina y yo teníamos la misma edad—, que se ponía hasta arriba de porros como un adolescente. Después de un accidente en el que había perdido toda la dentadura, había emprendido un viaje espiritual en bicicleta por el sur de Italia. Como era obvio, también se había tomado un descanso en su relación con Carolina, pero ella parecía no darse cuenta, fascinada como estaba por su determinación.

—Me encantaría quedarme aquí disertando sobre los poderes paranormales del tarot y los preciosos dientes postizos de Enrico, pero tengo una librería que abrir —dije, notando aún en la boca el horrible sabor del café.

—Me voy contigo, que si no la jefa me mata cuando llegue a la oficina.

Rachele cogió el abrigo y se escabulló deprisa por delante de mí para llegar a la puerta. Lo hacía todo así: comía, hablaba y estudiaba a una velocidad sorprendente. Era mi preferida de las tres: fascinante sin saberlo y despiadada a sabiendas. A ella nunca podías ocultarle nada, ni siquiera aquello de lo que más te avergonzabas. Y sabías muy bien que no te pasaría nada por alto. No tenía el detalle de dorarte la píldora cuando debía decirte que estabas haciendo una tontería y, al ser extremadamente inteligente, solía tener razón. Pese a todo, se lo perdonabas, aunque fuera una cabrona resabiada, porque sabías que en el fondo te tenía cariño. Nos conocíamos desde hacía la friolera de veintiocho años, es decir, la edad de Rachele; vamos, que éramos casi hermanas. Nuestros padres eran amigos de toda la vida, y cada vez que, de niña, yo bajaba a Florencia desde Liguria para ver a la abuela Tilde, Rachele y yo jugábamos juntas. Compartíamos la misma pasión por la literatura y ambas soñábamos con ser escritoras. En los períodos que pasábamos sin vernos, nos contábamos las cosas en largas cartas escritas con palabras en clave que solo entendíamos nosotras. Éramos un club muy exclusivo.

Cuando decidí mudarme a Florencia, le suplicó a su madre que la dejara venirse a vivir conmigo.

—¿Cuándo vas a decirte a cambiar de moto? —le pregunté—. Aparte de que en mi vida he visto una moto más fea, te deja una peste tremenda a alquitrán en la ropa, y no solo eso, ¿sabes cuánto contamina un motor a dos tiempos?

Te compras perfumes franceses que cuestan un ojo de la cara y luego usas este trasto.

—Mira, librera ecologista de las narices, ¿quién me va a comprar una moto nueva, tú? Yo no voy por ahí en bicicleta con un bolso hippy peruano. Además, ¿qué tienes en contra de Granuja? Es un objeto maravilloso. Es... ¡vintage!

Granuja, la moto de Rachele, era una Liberty del 99 de un color bronce espantoso a la que le habían arrancado la rejilla delantera en un intento inexplicable de robo. Cuando ocurrió, ella ni se inmutó, conservó su legendario aplomo y lo solucionó tapando el agujero con una bolsa de basura negra antes de completar el trabajo con otra rejilla sustraída de un cacharro abandonado en el extrarradio. Alguien escribió «cabrón» con rotulador violeta sobre el parche, probablemente después de que Rachele se dejara la moto aparcada de cualquier manera en la acera una noche en que tocaba limpiar la calle.

—Voy a pasar por alto tu comentario sobre mi bolso. Me voy a trabajar, nos vemos esta tarde. Ah, ¿me has preparado lectura?

Rachele bajó la mirada, tímida de repente. Siempre me sorprendía esa faceta suya. Desde que su trabajo en un periódico local le había abierto los ojos sobre la realidad de la vida de publicista de poca monta, había decidido aparcar los estudios de Periodismo para buscar otros caminos. Pero su pasión por la escritura sobrevivía intacta y nunca había abandonado el sueño de ser escritora. Casi todas las tardes

después de una jornada de ocho horas, se tomaba un bocadillo en la biblioteca delante del ordenador y escribía relatos que enviaba a todos los concursos literarios que encontraba.

No hacía mucho que había decidido centrarse en su primera novela, y antes de Navidad me pidió que le diera mi opinión. Para ella, escribir era también una manera de abstraerse de un contexto familiar que en los últimos años se había vuelto difícil. Sus padres siempre habían tenido una situación más que desahogada, pero, tras la quiebra de la empresa familiar, el patrimonio se había ido casi por completo en cubrir las deudas que su padre había contraído. Toda esa desagradable historia la había sumido en una situación de indigencia desconocida para ella. Su trabajo en Reska, una agencia de gestión de cobros, que había encontrado gracias a un anuncio en internet, le permitía pagar el alquiler de la habitación que hasta entonces su padre, el señor Torresi, le había estado costeando de manera puntual mediante transferencia bancaria. Odiaba aquel trabajo, pero por ahora se contentaba con él, a la espera de algo que no fuera freír patatas en un restaurante de comida rápida —aunque, con tal de no volver a casa de sus padres, también lo habría aceptado—.

—Pensaba que se te había olvidado —murmuró, rebuscando en su bolso de suave piel marrón, a juego con el abrigo—, toma, aquí tienes los dos primeros capítulos. Ojo, no quiero que me hagas la pelota. Tienes que ser más despiadada que nunca en tu vida.

—Tranquila, tengo cuentas pendientes contigo.

—A propósito... —Se le dibujó una sonrisita maliciosa en los labios, que ese día llevaba pintados de color ladrillo, a juego también con el bolso y el abrigo, ¡malditas chicas elegantes!—. ¿Qué tal anoche con ese pobre hombre que te seguía a todas partes? Supongo que no muy bien, si tuve que hacerte la falsa llamada de socorro.

No tenía ganas de hablar del desastre de la noche anterior, así que la corté.

—Me voy, que llego tarde a trabajar.

Me echó la típica mirada sarcástica que utilizaba cuando sabía que te había pillado. Mientras sacaba el casco de la moto, me quedé admirando su precioso cabello color caoba, que le caía en suaves ondas sobre la espalda. Yo nunca habría tenido un cabello tan brillante ni lavándome-lo todos los días con agua de Evian, y lo asevero porque lo intenté un tiempo, con escasos resultados, después de leer en *Vanity Fair* que era parte de la rutina de belleza de Demi Moore desde hacía años.

—Adiós, Blulette, nos vemos esta tarde.

Me lanzó un beso con la mano, dejando tras de sí una nube negra de contaminación.

Me miré un momento con los ojos de Rachele. No me parecía que ese día llevara un *look* especialmente raro. Vestía unos vaqueros negros, un jersey beis de cuello alto con pompones, las botas de pelo que me ponía en noviembre y no me quitaba hasta mayo y un poncho verde botella que

combinaba a la perfección con mis ojos. No era una chica elegante, pero al menos lo intentaba. Bajé la mirada hacia el bolso: es cierto que era muy grande y de colorines, pero no me lo había comprado en el mercadillo étnico, como tantos otros bolsos que tenía, sino en la Feria de Artesanía, y estaba hecho a mano por un diseñador japonés. Aquel día me había dejado llevar por el entusiasmo y le había comprado a una artesana africana el enésimo turbante para el pelo, que por supuesto había acabado en un cajón junto con todos los demás accesorios para el pelo que nunca me pondría. Todos los años la misma historia: veía a las chicas con pañuelos de mil colores en la cabeza y las encontraba tan atractivas, guapísimas y superalternativas. Me compraba uno, llegaba a casa, me lo ponía y, en vez de una reina africana, parecía un huevo de Pascua fuera de temporada. Para mí, el motivo por el cual las cintas para el cabello perdían su belleza nada más salir del recinto de la feria era un misterio semejante al del triángulo de las Bermudas, o al de Stonehenge.

Mientras me subía a la bici para recorrer el trayecto entre nuestra casa en Santo Spirito o, más exactamente, en via del Campuccio, y la librería, iba rumiando en mi cabeza las palabras de Rachele y el misterio de las cintas de pelo.

Continúa en tu librería

CÓMO FUNCIONA LA PEQUEÑA FARMACIA LITERARIA

Piensa en cómo te sientes hoy y en lo que deseas para tu futuro. En los libros encontrarás los prospectos realizados en colaboración con psicólogas profesionales. En el reverso de los mismos, hallarás indicaciones, efectos secundarios y posología, elaborados para cada libro.

Pero ¿cómo están ordenados estos libros?

Cuenta la leyenda que, cuando se inventaron las máquinas de escribir, los teclados estaban en orden alfabético, el sistema más lógico y rápido para encontrar las letras. Si se tecleaba demasiado rápido, como las máquinas aún no eran perfectas, las varillas de los caracteres se atascaban continuamente. Entonces se pensó en mezclar las letras para que fueran más difíciles de encontrar, ralentizando así la escritura.

De este modo nació el teclado qwerty. Hoy en día, con los ordenadores, la velocidad ya no es un problema, pero hemos conservado el teclado qwerty. Surgido por azar, ilógico e innecesario ya, pese a todo sigue existiendo.

En La Pequeña Farmacia Literaria hemos decidido emplear la misma lógica para colocar nuestros libros en los estantes. Queremos que os perdáis y que, al buscar lo que queréis, podáis encontrar lo que no buscabais, pero necesitáis.

Nuestros libros están en desorden sentimental, ilógico como lo son las emociones y la vida, e imprevisible como el futuro.

Nombre del medicamento

Mujeres que corren con los lobos, de *Clarissa Pinkola Estés*

Categoría farmacológica

Antiinseguridad y antiestereotipos

Indicaciones terapéuticas

Prescrito para el tratamiento sintomático del trastorno de inseguridad difusa, asociado a aversión por las reglas impuestas por la cultura y los estereotipos. Indicado asimismo para quien reconoce la importancia de confiar en sus propias fuerzas, sin depender de nadie más.

Efectos secundarios

Podría llevar a los sujetos más fuertes a aceptar sus propios defectos, sin intentar reprimirlos.

Se recomienda cautela en los pacientes con un historial preexistente de rebeldía, para quien no teme enfrentarse a la parte más hermosa de la naturaleza humana, aquella primitiva, auténtica y poderosa.

En caso de empeoramiento de dichos síntomas, debe interrumpirse el tratamiento. Proseguir con el mismo podría llevar al lector a confiar en su propio instinto y a incrementar así su lucidez y su sabiduría.

Interacciones

Puede administrarse simultáneamente a:

Mujeres que compran flores, de Vanessa Montfort


Abril encantado, de Elizabeth von Armin

Nosotras que nos queremos tanto, de Marcela Serrano

La mujer que no envejecía, de Grégoire Delacourt

Posología, modo y tiempo de administración

Veinte páginas al día durante un mes. Conservar en la mesilla de noche y releer cada vez que el paciente se sienta falto de energía interior.



«Entre las historias que contienen los libros y las de nuestra vida hay muchos más puntos de contacto de los que creemos.»

ELENA MOLINI

¿Y si el tren de los sueños pasa antes de que llegues a la estación? Entonces tienes dos opciones, verlo alejarse para siempre o recorrer a pie el andén y seguir persiguiendo tus deseos.

Blu Rocchini vive en Florencia, en un piso compartido con otras tres jóvenes. Su sueño siempre ha sido trabajar en el mundo de los libros. Tras probar suerte en una editorial especializada y después en una gran cadena de librerías, toma una decisión: abrir su propia librería. Pero la vida no es fácil para una librera independiente, hasta que Blu tiene una idea: transformar los libros en «fármacos», con sus indicaciones terapéuticas y su posología, para sanar el alma de las personas.

Nace así La Pequeña Farmacia Literaria, que no tarda en cosechar un enorme éxito. Pero no todo está resuelto para Blu, que pronto descubrirá que cumplir un sueño puede ser solo el principio de la historia.

Fragmento del libro
A partir del 24 de septiembre de 2021
en tu librería



MAEVA
www.maeva.es